

Guido Christensen

Más allá del humor

cuentos



Christensen, Guido Carlos

Más allá del humor, cuentos. - 1a ed. - Bahía Blanca : Editorial de la Universidad Nacional del Sur. Ediuns, 2013.

188 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-1907-42-7

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Título.

CDD A863

Fecha de catalogación: 01/07/2013



Editorial de la Universidad

Nacional del Sur

ediuns@uns.edu.ar

www.ediuns.uns.edu.ar



Red de Editoriales

de Universidades nacionales

LIBRO UNIVERSITARIO ARGENTINO

No se permite la reproducción parcial o total, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Obra de tapa: Marina Araoz

Diagramación interior y de tapa: Fabian Luzi

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Bahía Blanca, Argentina, agosto de 2013

©2013 Universidad Nacional del Sur

*A mi Papá, que desde algún lugar sigue
admirando mi trabajo.*

ÍNDICE

Prólogo	7
Terapias alternativas	9
El dedo mayor	19
Confesión	29
Golpes del destino	39
CAR	49
El hermano de Andrés	53
Catalina	65
En el baño	71
Entrevista	81
El colaborador	89
Acá lo tenés	101
Dejemen	105
El plan	113
Fracrán	127
Churrero	133
No quiero verte más	139
El motivo	149
Ver más allá	167
La vieja	179

PRÓLOGO

Considero que el escritor de este libro está pasando por un gran momento. Se advierte a través de las páginas de “Más allá del humor” cierta madurez mezclada con talento y dedicación.

Asímismo veo con agrado cómo combina en su elegante prosa, la ironía, el humor y la melancolía con gran habilidad.

Sin duda se trata de un gran trabajo que recomiendo con fervor y me siento orgulloso de haber sido elegido para escribir el prólogo.

El autor

TERAPIAS ALTERNATIVAS

Fue mi cuñada quien me ilustró sobre las terapias alternativas. Su conversación solía girar en torno de opciones curativas tales como acupuntura, reiki o reflexología. Si bien yo había escuchado que estos métodos estaban de moda y que sobre ellos existían buenos comentarios, mi conocimiento al respecto era escaso. Se reducía a la medición tradicional del empacho y la cura del mal de ojo, prácticas que si bien nunca se perdieron, fueron opacadas por la medicina oriental.

En ocasiones el sentido común me juega en contra haciéndome aún más incrédulo. Me costaba comprender que se pueda curar el dolor de cabeza, riñones o hígado con masajes en los pies, o mejorar mi salud con el traspaso de energía a través de las manos. Admito que luego de las explicaciones pertinentes, le encuentro cierto sentido. Además, mi temor al dolor hacía que me sedujera cualquier método que -sin sufrimiento-, brinde la posibilidad de curar algunos de mis trastornos. A saber: nervio ciático, rodillas, codos, cintura, cuello y estrés en nueve grados de la escala Richter. Pero lo que más me preocupa es mi irritabilidad. Necesité ayuda para evitar esos momentos en los que se me sale la cadena porque, además de parecer un loco, afecta a mi estómago.

Averigüé la dirección de uno de los tantos centros donde se practican esas terapias y fui.

“Pase sin llamar”, rezaba un cartel pegado debajo del timbre.

Se trataba de una casa antigua, reciclada y adecuada para clínica con varios consultorios. El hall de entrada, que hacía de recepción, lindaba con un patio de luz separado por una mampara de vitrales. El resultado era un ambiente inundado de suaves colores al que se le sumaba un fuerte olor a sahumero y una señorita que vestía una túnica blanca. Me pregunté si la ropa de la secretaria sería propia o parte del atuendo laboral. Ella estaba parada junto a su escritorio sosteniendo una taza que, hubiese apostado, contenía té. Cuando reparó en mi presencia se sentó y comenzó a revisar una agenda, único instrumento junto al portasahumerio sobre la mesa de trabajo. Luego levantó la vista y me sonrió. Fue suficiente para que un viejo verde como yo se ilusionara con un final feliz. Mi imaginación corre por senderos fantásticos que la conciencia trata de sosegar.

La secretaria tenía ojos grandes que hacían juego con sus pechos, boca sensual, cuello sugerente, brazos, piernas... en fin a primera vista estaba completa.

— Buenas tardes, ¿tiene turno? — hasta su voz me pareció seductora.

— No, solo quiero hacer una consulta... — mientras lo decía levanté la vista y reparé en el cartel por sobre su cabeza, donde enumeraban las terapias alternativas que ofrecían: acupuntura, reflexología, radiestesia, digitopuntura, cromoterapia, fangoterapia, aromaterapia, auriculoterapia, fitoterapia, reiki, hipnoterapia y sistema floral Bach.

— ¿Tiene alguna preferencia o recomendación? — me preguntó.

— Bueno... no conozco mucho sobre estas propuestas... Giré la cabeza, observé que no había pacientes en espera y dudé. Uno siempre busca que haya otras personas como garantía del lugar. Suele pasar con los restaurantes; puteamos si está lleno porque estamos incómodos, pero si está vacío no entramos.

—En el cartel no lo dice pero incorporamos tres terapias: meditación Zen, respiración liberadora Sufi y masaje Kundalini —enumeró la secretaria mientras leía su agenda. Advertí que ella también era principiante en estas disciplinas.

—Me podés explicar en que consisten la radiestesia, la cromoterapia y el sistema floral Bach —en realidad no conocía ningún tratamiento, pero me imaginaba que la aromaterapia se basaba en olores, la auriculoterapia, en sonidos y en la fitoterapia te encerraban en un Fiat 600 hasta que te tranquilizabas o te molías a golpes contra las puertas, sobre todo si sufrías de claustrofobia.

—La radiestesia —arrancó la flaca leyendo unos apuntes que sacó de un cajón— es una actividad pseudocientífica que se basa en impulsos eléctricos, electromagnéticos y radiaciones que emiten diferentes cuerpos y se pueden detectar con artefactos mantenidos en suspensión inestable. Por ejemplo, un péndulo. La cromoterapia, en cambio, —continuó a la vez que cambiaba de hoja— es un método de armonización y ayuda por medio de colores. Los colores poseen diferentes vibraciones que ejercen en los pacientes influencias físicas, psíquicas y emocionales que mejoran la energía vital. Por último, usted me preguntó sobre el sistema floral de Bach... bien, a ver... —buscó entre las hojas—. Acá está, es una medicina basada en las diferentes reacciones de las personas ante los estímulos. Según Bach existen treinta y ocho personalidades o desequilibrios emocionales, por eso su medicina está compuesta por treinta y ocho remedios de los cuales treinta y siete son esencias florales y la restante, esencia de agua.

—¡Mirá don Bach, se mandó flor de descubrimiento! —en ocasiones no puedo evitar los chistes malos. Ella sonrió por compromiso—. ¿Acá atienden todas las terapias? —pregunté curioso porque si bien veía varios consultorios en el pasillo, supuse que no alcanzarían.

—Sí. Cada uno de los profesionales atiende dos o tres disciplinas. Le puedo ofrecer un paquete por tres terapias diferentes o una promo en la que paga diez sesiones y le adjudicamos dieciséis con una chequera de bonos.

Me dio la sensación de que venía el combo con dos sesiones dobles con papas y una coca mediana, pero la oferta cesó antes. La chica debería estar a comisión o bien intuyó que si no le ponía empeño, en poco tiempo iba a tener que comprar el diario para ver los clasificados.

—¿Qué me recomendás para los nervios? —consulté.

—Unas buenas vacaciones... —se vengó por lo de Bach— perdón, perdón, fue una broma. Creo que lo mejor sería que consulte al licenciado Marcialetti, que hace reiki. Su sola presencia brinda tranquilidad y sosiego.

Pagué una sesión y todavía me estoy preguntando por qué tuve que esperar media hora si no salió ni entró ningún paciente.

El gordo Marcialetti me miró y titubeó. Creo que tuvo dudas entre saludarme como lo había hecho en los últimos años o seguir representando el personaje que, seguramente, había compuesto para esa actividad.

—¡Atilio, qué bueno verte, viejo! —le dije y me acerqué sonriente.

—¿Cómo estás? —puso distancia a nuestro encuentro estirando la mano para saludarme.

Atilio había sido el chofer del colectivo que me llevó al laburo durante varios años. Casi siempre coincidían mis horarios con su recorrida, yo me sentaba en el primer asiento o me quedaba parado a su lado e íbamos charlando. No recuerdo cómo nació esa especie de amistad. Supongo que habrá sido con algún comentario sobre fútbol o política, pero lo cierto es que llegamos a ser buenos confidentes de nuestras alegrías y tristezas. En ocasiones

los seres humanos hacemos catarsis relacionándonos con personas de la misma sensibilidad. Después, cuando compré el auto dejé de verlo y dos años más tarde lo vuelvo a encontrar convertido en un licenciado en reiki. No es que dude de la versatilidad de las personas pero no pude evitar ciertos prejuicios. Me sentí formando parte de un sketch del “manosanta” sin el Negro Olmedo.

—¿Seguís siendo un bostero incorregible? —le pregunté tratando de retomar aquella complicidad.

—La pasión de un verdadero hombre no cambia, allí moran sus sueños. La devoción por un club tiñe el alma como el vino tinto al agua —expresó dejando escapar una leve sonrisa.

—Mirá vos... —aquel gordo Atilio algo precario que yo conocía se había convertido en un filósofo.

El consultorio era una habitación antigua dividida al medio por un tabique de durlock que moría a un metro del techo pero, aun así, el espacio resultaba amplio. En ese ambiente coexistían una camilla y un escritorio con algunas carpetas, una lámpara, un velón encendido, un pequeño equipo de audio y un libro inmenso de reiki.

—Toma asiento y cuéntame ¿qué problema te trajo hasta mí? —me preguntó usando esa expresión neutra de los locutores de América Central.

—Nervios, estrés, me enoja por cualquier pavada y reacciono mal. Me pasa lo mismo que a vos cuando manejabas el Bondi. Me acuerdo cómo te calentabas cuando algún animal con carnet se te cruzaba, sobre todo si se trataba de un taxista.

—Puede ser que en algún momento yo también haya estado preso de la inestabilidad emocional, pero uno debe ser el cambio que desea ver en el mundo, palabras de Gandhi.

—¿Te acordás cuando sacaste la cabeza por la ventanilla y puteaste a un milico?

—No, no tengo presente ese incidente, estoy en otra etapa de mi vida.

—Y esa vez que te bajaste del colectivo y lo cagaste a trompadas a un flaco que se había parado en doble fila para parlarse una mina. Ese que cuando le tocaste bocina te hizo *fuck you*...

—Nuestro pasado, nuestras experiencias, pueden haber influido sobre quiénes somos, pero tenemos que ser responsables sobre quienes seremos.

—Bueno, está bien, pero seguro que recordás cuando una vieja te fue a protestar porque andabas muy ligero y la mandaste a la...

—Si no puedes ser un buen ejemplo, al menos deberás ser una gran advertencia.

—Y dale con los refranes. ¿Te acordás o no?

—Estoy en una etapa de mi vida donde prefiero que mi memoria no vuelva a un pasado insensato. Comprendo que conociste a otro Atilio, un Atilio más precario e inestable —y repentinamente se sinceró—. La compañía donde trabajaba, cerró y encontré mi espacio en las terapias alternativas. En primer lugar para salir de una profunda depresión y luego porque sentí la necesidad de ayudar a la gente.

—¡Qué bueno, che, te felicito!

—Cuando sigues a tu energía y haces todo el tiempo aquello que te gusta, la distinción entre trabajo y juego se disuelve —Atilio volvió a su personaje y a las frases.

—Además encontraste una salida laboral.

—Cuanto más quiero hacer algo, menos puedo llamarlo trabajo —sin duda, el gordo se había aprendido de memoria algún libro de pensamientos y reflexiones de filósofos.

—Claro... —asentí, cansado de escucharlo.

—Mientras perseguí el dinero, nunca tuve suficiente. Cuando hallé mi propósito y di todo lo que atesoraba, prosperé.

— Bueno... — murmuré sospechando que iba a ser difícil entablar un diálogo coherente—. ¿Tenés algo para contrarrestar mi mal carácter?

— Recuéstate en la camilla — me pidió y así lo hice.

El gordo giró, se acercó al escritorio y apretó un botón del equipo de música. Algo parecido a “Enya” envolvió el aire. Luego puso la palma de su mano derecha a pocos centímetros de mi frente y la izquierda cerca de mi pecho. Entrecerró los ojos.

— Atilio...

— Inspira y exhala.

— ¿Puedo hablarte mientras me atendés?

— Relájate... Inspira y exhala por la nariz.

— Debe ser ansiedad, nervios...

— Inspira y exhala por la nariz.

— Tengo necesidad de contar.

— Bueno, pero relájate — asintió con la cabeza acobardado.

— Como te contaba, me preocupan mis reacciones agresivas. Tal vez sea el estrés, pero en ocasiones me altero con facilidad. Me desconozco.

— Dentro nuestro hay lugares donde nunca hemos ido.

— ¿Vos creés que con tu terapia lo podés controlar?

— Todo cambia cuando uno cambia.

— Sí, claro — acordé aun cuando me estaba llenando los huevos con sus citas. Al fin y al cabo estaba allí buscando mejorar mi carácter.

— O encontramos un camino o lo hacemos... Si no puedes cambiar las circunstancias, cambia tu punto de vista. No conforme con una, metía dos reflexiones juntas.

— Creo que es la suma de varias broncas que me fui tragando a lo largo de mi vida y ahora me he vuelto más irascible.

— Nadie se ahoga por caer al agua, sino por permanecer debajo de ella — ahora sus manos oscilaban sobre mi rostro.

— Mi jefe es un hijo de puta... siempre encuentra errores en mis trabajos.

— Es mejor hacer algo imperfecto que nada sin defectos.

— Se cree que soy su esclavo. Que puede disponer de mi tiempo y de mi vida como le plazca. Pero a mi edad, si lo mando a la mierda, ¿dónde me van a tomar?

— Te comprendo, una situación difícil. Relájate, inspira y exhala por la nariz.

— Vos sabés bien de qué te hablo. Te pasaba lo mismo. ¡Cuanto viajes fuimos conversando y me contabas que tu jefe te hacía laburar los feriados y jamás te pagó horas extras!

— ¡Flor de turro! —dijo Atilio, que de pronto pareció haber despertado de un largo letargo.

— ¡Claro!, porque uno le pone el pecho al laburo y siente que su esfuerzo no es reconocido...

— ¡Exacto! Uno se juega para que la empresa tenga éxito y después te pagan con una patada en el traste.

Había vuelto el Atilio que yo conocía, efusivo y temperamental.

— Recuerdo cuando tuviste aquel problemita con tu mujer... cuando faltaste dos días y te los descontó...

— ¡Cómo olvidar la ingratitud y la traición! —ya para entonces se había cruzado de brazos y su rostro, crispado, se tornó color bordó.

— Sé a qué te referís. Me contaste una vez que tu mujer se había ido con tu mejor amigo y vos los buscabas para cagarlos a tiros.

— ¡Y que den gracias a Dios que no los encontré! —Atilio giró y de un golpe apagó el equipo de música. Luego comenzó a caminar, nervioso.

— Imagino tu bronca por la traición...

— ¡Atorrantes, sinvergüenzas! Pero tal vez algún día, el destino los ponga en mi camino y entonces me van a co-

nocer —se acercó al velón y lo apagó con la palma de su mano.

—Y tu jefe, en lugar de entender la crisis que estabas atravesando y apoyarte, te presionaba.

—Otro sinvergüenza hijo de puta. Con todo lo que yo hice por la compañía —el gordo, enfurecido, pateó el escritorio y la lámpara estalló contra el piso.

—Calmate, Atilio, ya pasó. Inspirá y exhalá por la nariz.

—¿¡Pasó?!... ¿¡Pasó?! —gritó con los ojos desorbitados— ¡Para vos habrá pasado, yo lo tengo muy presente! —tomó el libro de reiki y lo arrojó contra la ventana destrozando el vidrio.

—Mejor vuelvo en otro momento —susurré mientras me incorporaba a prisa y escapaba asustado.

Alcancé a ver, mientras cerraba la puerta cómo rompía el equipo de música contra el piso, sumido en un estado de crisis incontrolable.

A veces me pregunto cómo algunas personas no poseen autonomía de sus acciones. Por qué se dejan llevar por los impulsos.

Sin duda, una buena opción sería recurrir a alguna terapia alternativa.